

Sintecho

XVII PREMIO DE NOVELA VARGAS LLOSA



Sintecho

Miguel Torres López de Uralde



El Jurado del XVII Premio de Novela Vargas Llosa, que convoca la Obra Social Caja Mediterráneo con la Universidad de Murcia y la Cátedra Vargas Llosa de la Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, jurado formado por doña Soledad Puértolas, don Juan Jesús Armas Marcelo, don José María Pozuelo Yvancos, don Germán Vega García-Luengos y don Francisco Florit Durán, ha decidido otorgar el premio a la novela titulada *Sintecho* y que ha sido presentada por don Miguel Torres López de Uralde.



A Pablo,
nuestro amigo.



La vida es un misterio.
Por eso yo estoy siempre cerca de la muerte.

LUIS ÁNGEL PEDRERO (KOLDO) en
<http://www.elmundo.es/elmundo/2009/06/15/madrid/1245038259.html>



soy culpable, lo dice la niña que viene cada noche aunque no hable, ella se acerca al automóvil, pega la boca a la ventanilla y con su aliento deja un lienzo de vaho en el cristal donde inmediatamente escribe con el dedo *culpable*, luego me sonríe y su gesto también dice que soy culpable, me entristece saber lo que piensa y quiero convencerla de que no soy un monstruo a pesar de mi aspecto, entonces salgo del coche para pedirle perdón pero la niña no quiere oírme y se marcha corriendo y se esconde en los callejones cercanos, yo la busco en los portales oscuros y la llamo, pero ella no responde y su silencio dice que soy culpable, también lo dice mi voz resonando en las paredes de la noche, lo dicen los cristales de los escaparates en los que me miro, lo dice mi rostro, el hedor que desprenden mi cuerpo y mi ropa, lo dicen los gatos que se suben al capó cada madrugada y me miran desde la oscuridad con sus pares de ojos encendidos, lo dicen cuando maúllan o cuando lloran como niños aterrorizados o cuando rasgan la noche como el violín de sigiswald, soy culpable porque lo ha dicho mi religión, la que tuve



de niño, aunque ya no la practique ni crea en ella, aunque la deteste, soy culpable sólo por haber nacido y por ser hombre y por estar en este mundo al que no fui convocado ni invitado, nacemos culpables y malditos, no hay inocentes porque todos tenemos algo que esconder, me pregunto quién no ha cometido algún delito, quién no guarda el recuerdo de un acto inmoral, quién no ha pecado de omisión, de codicia, de cobardía, de lujuria, quién no tiene vicios escondidos, los ojos de la niña son verdes y su sonrisa también es verde, y yo soy culpable porque ella lo dice, porque así me siento, porque lo deseo y porque no puede ser de otra manera



HACE ALGÚN TIEMPO, por razones para mí aún difíciles de explicar, viví más de seis meses en un piso vacío de la avenida Fátima. Exceptuando la cocina, la casa no tenía un solo mueble. Las paredes y los techos estaban recién pintados de un blanco intenso, y no había cuadros ni lámparas en ninguna de las habitaciones. El suelo de la vivienda era de un mármol igualmente blanco, sin apenas vetas que enturbiaran la uniformidad lechosa del conjunto. Todo cuanto me rodeaba era un inmenso vacío blanco sin límites, como la celda impoluta de un manicomio. Sin embargo no me sentía encerrado. En realidad, la sensación predominante en aquella época de mi vida fue justamente la contraria, ya que a menudo me creía viviendo a la intemperie, en un lugar sin paredes ni techos, un espacio carente de fronteras que me dieran cobijo. Para dormir, extendía cada noche en el salón un saco de plumas sobre un lecho de cartones que me aislaban del frío y la humedad.



Por delante del edificio pasaba el río. Desde la terraza, hacia la izquierda, se veía el puente de La Goleta y hacia la derecha, sacando medio cuerpo sobre la barandilla, podía llegar a distinguir parte del puente de La Aurora. Como todo el mundo sabe, este cauce nuestro sólo lleva agua cuando llueve torrencialmente o cuando la presa descarga parte de su caudal, dos circunstancias que únicamente se dan muy de tarde en tarde. La mayor parte del tiempo, el lecho es una franja árida, un espacio inútil donde la gente suele llevar a sus perros a defecar y donde juegan los hijos de los chabolistas. Por la noche, los grafiteros urbanos usan el enorme malecón para su arte clandestino y rebelde.

Según he podido comprobar, el lecho del río se desbroza sólo a finales de verano con el propósito de evitar acumulaciones indeseables de basura y maleza antes de la temporada de lluvias. El resto del año los arbustos crecen a su antojo y los desperdicios se acumulan por todos lados: bolsas de plástico, latas, botellas, neumáticos, colchones, cochecitos de niño, carros de supermercado... Visto en una foto satélite, el río parece una cicatriz que divide en dos la ciudad, una herida cerrada por seis o siete puentes que lo cruzan y que se me figuran puntos de sutura que tratan de sellar el desgarró. Esa fue mi única patria por aquel tiempo: una casa vacía con vistas a un río sin agua.

Bajo el puente de La Goleta se refugiaba un grupo de indigentes. Podía verlos bien desde mi terraza, donde pasaba largas horas buscando cobertura para mi teléfono móvil. Eran cinco o seis vagabundos entre los que destacaban un negro



con el torso desnudo y un tipo alto de melena canosa que, por el contrario, vestía un largo abrigo. Parecía que no les afectase en modo alguno la temperatura ambiente. Por las noches solían hacer fuego. Confieso que me complacía en observarlos desde la lejanía de mi balcón, acaso por verificar que aún quedaban seres en el mundo con peor fortuna que la mía.

También me percaté pronto de que había un vehículo abandonado casi enfrente de mi edificio. Nunca imaginé que en un lugar tan céntrico pudiera acumularse tanta miseria. El coche se veía claramente desde mi terraza. Se destacaba de los demás porque sus ventanillas estaban cubiertas con papeles de periódicos y revistas viejas pegados entre sí. La primera vez que me fijé en él, tuve la sensación de que ese improvisado cortinaje pretendía esconder algún secreto, y no me equivoqué. Era un Opel Meriva que unas veces parecía azul y otras gris oscuro, según fuese la inclinación o la intensidad de la luz. Por la matrícula supe que no tenía más de cuatro o cinco años de antigüedad, aunque por su aspecto aparentaba ser mucho más viejo. Me pareció que podía tratarse de un vehículo robado y usado para tejemanejes ilegales, tales como venta o consumo de estupefacientes o incluso como lugar de prostitución.

En varias ocasiones pregunté por el coche a la dependiente de los ultramarinos y a otras personas de los alrededores, y las respuestas que obtuve fueron siempre esquivas y algo perturbadoras. En realidad, todos desconocían la naturaleza del secreto que ocultaba el Meriva, lo que propiciaba la especulación. Al parecer, el vehículo llevaba muchos meses estacionado en aquel lugar, tantos que para algunos era como si



hubiese estado allí la vida entera. La dependienta no dudaba en afirmar que aquel coche estaba habitado por el demonio (*por el mismo demonio*, repetía mirando hipnóticamente la rueda del cortador de embutidos). El mecánico de la esquina, por su parte, me aseguró, en un alarde de erudición clásica, que el Meriva era algo así como la caja de Pandora y que era preferible no abrirlo.

Tales antecedentes lograron aumentar mi curiosidad y, por consiguiente, mi observación del vehículo. Como tampoco tenía mucho que hacer, me dediqué a no quitarle ojo de encima ni de día ni de noche. Así llegué a averiguar que de madrugada se encendían algunas luces en su interior y que a menudo también surgía de él una extraña y envolvente melodía de violines que lo convertía en una enorme caja de música abandonada en mitad de la noche. Cada cosa que descubría de él acrecentaba el enigma, pero no conseguí ver a nadie entrar o salir del Meriva hasta varias semanas después, y cuando por fin logré establecer un vínculo entre el coche y un ser humano, este no era más que una sombra imprecisa, una mancha oscura y borrosa que únicamente se ausentaba del vehículo en las horas más recónditas y confusas de la madrugada.

Al mes de estar viviendo en aquel barrio decidí por fin acercarme al vehículo, y lo hice a plena luz del día, pues debo confesar que me daba miedo lo que pudiera descubrir. Eran las tres de la tarde y la avenida estaba completamente desierta. Me dirigí al coche y le di varias vueltas sin aproximarme demasiado, buscando un hueco por donde escudriñar su interior sin llegar a encontrarlo. Luego, poco a poco, fui cerrando



el perímetro de mis merodeos hasta casi poder tocar la carrocería con la punta de los dedos. El tapiz de papel que cubría sus ventanillas era una trama densa e impenetrable que no dejaba un solo resquicio libre. Los papeles mostraban un mosaico amplio y bastante caótico del panorama informativo de los últimos meses, tal vez incluso de los últimos años: noticias, pasatiempos, esquelas, carteleras de cine o ecos de sociedad..., todo ello amarilleado por el sol. Pasé tanto tiempo observando aquellos periódicos que casi sin querer me vi atrapado por una de las muchas noticias que ocupaban las ventanillas del coche. Supe así que en el mes de enero anterior había muerto Bobby Fischer, un genio del ajedrez, pero también un maestro en el arte de la fuga y la desaparición. En aquellos días, me sentía un eremita como él, un tipo asocial y solitario, motivo por el cual la referencia me impactó de lleno y, sin pensarlo siquiera, me puse a leer el texto sobre su esquivia y desconcertante vida. Me hallaba tan sumergido en la lectura que casi ni me percaté de que la esquina inferior de aquella página que estaba leyendo se había levantado someramente por la acción de un par de dedos mugrientos de largas uñas. Tras sentir un golpe seco en el pecho, di un paso atrás y aparté la mirada rápidamente. Sentí miedo o vergüenza o una mezcla de ambas cosas. Un instante después, algo repuesto del sobresalto, me agaché y me fijé en el agujero donde habían aparecido los dos dedos. En principio no vi nada, salvo un orificio oscuro, pero en cuanto enfoqué la vista y logré contrarrestar con la mano el brillo del sol en el cristal, alcancé a distinguir un ojo grande y gelatinoso con textura de medusa. Aquel ojo



—no puedo dejar de insistir en que me pareció extraordinariamente grande— ocupaba toda la superficie de la abertura, motivo por el cual no sólo no conseguí ver nada del interior del vehículo sino que además fui yo quien se sintió vigilado e invadido. Fue como si aquel miembro viscoso hubiera sido capaz de inspeccionar mi cerebro de la misma forma en que yo pretendía explorar las entrañas del coche.

Di un largo paso atrás y disimulé mirando al suelo. Unos segundos después, con toda la discreción de que fui capaz, y sin acercarme demasiado al coche, volví a clavar mis pupilas en el lugar exacto donde antes estaba el ojo, pero ya no quedaba rastro alguno de él. Tampoco estaban los dedos mugrientos ni el pequeño hueco que por un instante había comunicado dos mundos completamente separados hasta entonces.

Ya no me cabía duda de que aquel coche era la morada de un ser humano o de algo similar, y tampoco tenía dudas acerca de sus deseos de soledad y aislamiento. Sin embargo, por un imperceptible intervalo de tiempo, una puerta se había abierto entre su mundo y el mío, y aunque el misterioso morador se había retirado otra vez a la incertidumbre de su caverna, ahora existía un poro que habría de servir de tránsito entre el interior y el exterior, un estrecho túnel que comunicaba mi mente con la suya. Ahora él era algo para mí y yo era algo para él.

Con el tiempo y las circunstancias, el poro iría abriéndose hasta formar una amplia galería en la que acabarían cruzándose nuestros destinos. El mundo (nuestro mundo) es, sin duda, un lugar extraño donde pueden darse incluso los vínculos más imprevisibles.

